

PRÓLOGO

UN ANUARIO EN UN AÑO QUE CONDENA DÉCADAS

Claudio Alvarado Lincopi¹

La aparente espontaneidad actual de la movilización, este levantamiento popular gestado desde el 18 de octubre de 2019, tiene realmente su proceso formativo, desde donde rescata sensibilidades, demandas, consignas, repertorios de acción y estéticas. No hay que ser una lumbrera para percatar que el potencial telúrico del actual momento que habitamos tiene sus raíces, entre otros estallidos y movimientos, en las coyunturas y formas de movilización mapuche.

Noviembre del 2018 fue un momento de triste aprendizaje en muchos sentidos. El asesinato de Camilo Catrillanca trajo una serie de conclusiones y modos de acción que hoy se despliegan por todo el país. Es que el caso Catrillanca condensa y evidencia, en muchos sentidos, la corrupción del poder. Un montaje que, producto de la presión social, se fue desmoronando paso a paso, lo cual consolidó la idea de un Gobierno y un aparato policial profundamente corrupto, colocando una semilla de desconfianza que hoy explota en la cara de quienes gobiernan. El caso Huracán, por cierto, aquel que apresó injustamente a una serie de dirigentes mapuche, también carcomió la legitimidad de la institucionalidad.

Al mismo tiempo, las movilizaciones por Catrillanca volvieron a colocar el foco en los Derechos Humanos, en la militarización y la represión permanente vivida por la sociedad mapuche. Ante el actual

¹ Centro de Estudios Interculturales e Indígenas. Comunidad de Historia Mapuche / Wallmapugrama. Doctor en Arquitectura y Estudios Urbanos Pontificia Universidad Católica de Chile.



escenario, muchas fueron las voces que indicaron que hoy el pueblo de Chile vive lo que por décadas han debido soportar las comunidades mapuche. Por ello no es extraño –y esta es una de las múltiples razones– que la *Wenufoye*, la bandera mapuche, flamee por entre las movilizaciones. Por cierto, el repertorio de acción de aquellos días de movilización de noviembre del 2018, hoy reaparecen con mayor contundencia y más desatados, lo que devela un cierto aprendizaje acumulado, entre otros estallidos, en la lucha contra la impunidad por el asesinato de Camilo.

En este sentido, gestar un Anuario como el que se publica, es un ejercicio vital para comenzar a comprender toda la densidad que esconde el levantamiento popular que se gesta desde octubre pasado. Particularmente, conocer de qué forma el devenir de la conflictividad desatada por el Estado contra el Pueblo Mapuche ha influido en el “despertar” de Chile. Es que la lectura de la movilización actual como un fenómeno espontáneo borrona la historicidad, no permite ver su proceso formativo, se construcción discursiva, y las formas de aprendizaje de los repertorios de acción colectiva. Por ello es importante un Anuario como este, dado el potencial analítico y documental que tiene para leer las cotidaneidades, hitos y dinámicas del movimiento mapuche, y cómo ellos fulguran al interior de los propios movimientos sociales en Chile.

Bajo el sentido anterior, es vital comprender los “*no son 30 pesos, son 30 años*” mapuche, es decir, preguntarnos por los impactos del modelo neoliberal y la democracia pactada en el mundo mapuche. Es que, finalmente, ¿qué fisuras han carcomido por 30 años la imaginaria convivencia democrática? Seguro la conflictividad en Wallmapu debería estar en los primeros puestos de la lista. Han sido décadas, por trazar una línea temporal de corta duración, en que el territorio mapuche ha estado en el centro de una política extractivista que ha destruido no solo la naturaleza, sino que también cualquier forma de comunidad política, es decir, ha faltado democracia y diálogo político. Diagnosticar el actual levantamiento popular como un problema que

tiene al menos una profundidad de 30 años, nos obliga ya no solo a pensar en fórmulas técnicas de resoluciones de conflictos, tan propias del quehacer de la Concertación y la Derecha para enfrentar la conflictividad en Wallmapu. Más bien, es vital por fin abrir un debate que el movimiento mapuche viene demandando hace bastante tiempo. Un debate de características políticas. Que, sin miedo, nos volquemos a pensar qué significa democracia, qué vamos a entender por bienestar y qué implica convivir en la misma comunidad política. Estamos ante una oportunidad refundacional y, ante esto, debemos trabajar para que el gatopardismo (cambiar todo para que nada cambie) no se imponga.

Entiendo la metáfora de los 30 años como la posibilidad de historizar nuestro pasado reciente para comprender la profundidad del problema. Así las cosas, es posible estirar con cierta libertad la cronología, y superar así, mínimamente, las tres décadas de lectura. Intentemos este ejercicio para pensar la historia reciente mapuche, y desde allí, imaginar los posibles horizontes refundacionales.

La fractura gestada en 1973 es de tanta densidad histórica que desgarró gran parte de las temporalidades que habitan Chile. Para la sociedad mapuche, esta herida, además de implicar violaciones de derechos humanos que laceraron los cuerpos mapuche tanto por lo “comunista” como por lo “indio”, también significó adentrarse en el plano territorial de unas de las fórmulas del patrón de acumulación neoliberal. El neoliberalismo tiene fundamentalmente dos componentes básicos de acumulación, uno de ellos se encuentra hoy profundamente cuestionado: el pilar financiero sostenido por el sistema de pensiones. El segundo componente, menos discutido en la esfera pública, es el pilar extractivista.

En territorio mapuche, el extractivismo se ha expresado sobre todo mediante el monocultivo forestal, aunque también –y con mucha presencia– mediante represas, hidroeléctricas, mineras, salmoneras, etc. Apenas comenzaba la dictadura, en 1974, se decretaba un incentivo forestal que fue regando Wallmapu de pinos y eucaliptus. Este negocio, de una importancia central en el entramado de la acumulación

en Chile, con los años comenzó a gestar profundas incomodidades que se tradujeron, después, en conflictividad. Es que las consecuencias del monocultivo forestal son aterradoras, ya que es un modelo productivo que extrae grandes cantidades de capital, dejando territorios secos y empobrecidos.

Por cierto, el extractivismo no es exclusivo de Wallmapu. En Chile, la figura máxima de este modelo son las “zonas de sacrificio”, que están repartidas por todo el país. Ante este fenómeno extractivista, el movimiento mapuche viene demandando por décadas una discusión amplia, de profundo carácter político, que discuta sobre el modelo de desarrollo, sobre los criterios que debemos construir para pensar la economía en Chile. Claro, las respuestas de todos los gobiernos han estado reducidas a la represión y a la compensación, nada muy distinto de las creatividades actuales para enfrentar el levantamiento popular. O represión, o bonos. O Ministerio del Interior o Ministerio de Desarrollo Social. De política, nada, o muy poco.

La segunda temporalidad, además de 1973 y su desate neoliberal es, sin duda, 1988. El pacto de la Concertación y la Derecha para gestar la salida de la dictadura, además de afianzar el patrón de acumulación financiero y extractivista que es el neoliberalismo, también gestó un modelo democrático de profundas clausuras participativas. En el caso mapuche, esto es muy elocuente.

El año 1989 se desarrolló el conocido Pacto de Nueva Imperial. En esta oportunidad, el candidato de la Concertación, don Patricio Aylwin, se reunió con una serie de organizaciones y autoridades mapuche e indígenas en general. El acuerdo estableció tres elementos fundamentales: reconocimiento constitucional para los pueblos indígenas; una ley indígena participativa; y la ratificación del Convenio 169 de la OIT. El primer acuerdo, hasta el día de hoy, 30 años después, todavía no se cumple. El segundo acuerdo se desmoronó relativamente rápido. Se hizo una ley indígena, en donde amplios sectores participaron en su redacción, pero luego, en el Congreso, se desarrolló una “tíjeretazo” que redujo a una mínima expresión las

conquistas que se buscaban consagrar. En tanto, el Convenio 169 sólo se ratificó el 2008, después que el movimiento radicalizara sus repertorios de acción colectiva.

Todo lo anterior nos habla de que saliendo de la dictadura había una promesa de apertura democrática, pero tal cosa realmente nunca ocurrió. Hubo un cerramiento institucional que impidió que el movimiento indígena, y los movimientos sociales en general, pudiesen participar de la vida democrática. La única forma orgánica reconocida fueron los partidos políticos, mientras que los modos de organización social y política de la vida gestadas por indígenas, feministas, sectores populares, estudiantes, socioambientales, trabajadores, en fin, la “sociedad de pie”, nunca han logrado ser miembros reales de la comunidad política democrática. Hoy esas otras formas orgánicas abren caminos refundacionales.

Con todo, podríamos decir que los dos elementos que recorren las demandas del levantamiento popular actual: la lucha contra el neoliberalismo y las batallas por la democratización, con sus formas particulares de expresión, han sido también parte de la historia reciente mapuche. De alguna forma, de esto también trata este libro.

Bien. Hemos intentado trazar los “30 años mapuche” como una breve duración explicativa de todo lo que hoy aparece en el debate público. Ahora, es fundamental preguntarnos también: ¿qué nace después del 18 de octubre para el movimiento mapuche? La respuesta de ello está presente en la gestación del análisis mismo, y es parte de las reflexiones que aparecen a modo de diagnóstico en esta publicación.

En primer término, uno de los elementos que a todas luces ha quedado al descubierto en esta coyuntura –cuestión que el mundo mapuche viene acusando hace décadas– es la legitimidad, funcionamiento y estructura de la institución policial de Carabineros de Chile. En Wallmapu, Carabineros se ha transformado en el órgano central de la militarización, lo cual ha traído una serie de violaciones a los Derechos Humanos, además de asesinatos como el ocurrido en los casos de Matías Catrileo, Alex Lemún, Jaime Mendoza Collío y Camilo



Catrillanca, entre otros. Ante el actual escenario de movilización popular, las formas represivas que habían sido destinadas fundamentalmente para territorio mapuche se han trasladado también contra los sectores movilizados de la sociedad chilena en su conjunto, gestando prácticas que han dejado cientos de ojos mutilados, torturas y asesinatos.

Ante esta realidad brutal, la emergencia de voces que han propuesto una reformulación de Carabineros cada vez más se transversalizan. Desde el mundo mapuche, esto es una urgencia dada la brecha ya construida entre la institución policial y las comunidades, que solo puede reconvertirse en el marco de un proceso de desmilitarización – demanda, a este punto, histórica del movimiento mapuche– y la inclusión de mecanismos basados en los Derechos Humanos que gobiernen el quehacer de Carabineros de Chile.

Un segundo elemento que ha aparecido en el debate público, que ya venía siendo parte de las discusiones políticas fundamentales, dado los amplios problemas de sequía y saqueo que se vive en varios territorios del país, sobre todo por la inaudita privatización del agua, y todavía más por la organización y cancelada realización de la COP25 en Chile, es el “modelo de desarrollo”, que ha sido puesto en cuestión. Esto, en Wallmapu, se expresa mediante la demanda por desterrar el plan productivo forestal, eliminar el monocultivo y estimular la agroecología familiar y comunitaria. El momento destituyente/constituyente que habitamos, abre estrechos pero interesantes caminos para discutir ampliamente estas cuestiones.

Desde lo anterior, emergen cuestiones que en otros países de la región ya se han puesto en debate, como es aquello que en Ecuador han denominado los “derechos de la naturaleza”. Pensando en las formas de concepción mapuche del territorio, que edifican concepciones vitales para ríos, cerros, montes, bosques, el mar, en fin, la naturaleza toda, otorgándole nociones centrales para el desarrollo de la vida mapuche, y que incluso posibilitan pensar nuevas concepciones epistemológicas que modifican la relación ser humano-naturaleza,



desde la idea de *Itrofil Mongen*, es decir, toda la vida sin excepción como centrales para el devenir del mundo, donde cabe lo humano y lo no humano como poseedoras de derechos, en el marco del *Az Mapu* (sistema normativo mapuche), considero que estas nociones pueden llegar a ser una ampliación y estímulo para el debate constituyente.

Por cierto, lo recién dicho exige repensar aquello que se ha entendido históricamente como el “interés superior de la nación”, el cual ha sido reglado sobre todo por concepciones utilitaristas, de profunda convicción capitalista, haciendo que los intereses particulares de las élites hayan devenido en intereses comunes de la comunidad política nacional. Es allí donde el debate sobre *plurinacionalidad* puede volcarse muy estimulante, dado que permitiría edificar otras concepciones de bienestar e “interés superior” en el marco de una convivencia de epistemologías, una plurinacionalidad de saberes que fijen nuevos marcos para la comprensión del bienestar común.

Finalmente, los horizontes recién esbozados no pueden cumplirse si todo ello no se entronca con una profundización democrática. Habíamos dicho que dos de las fisuras que han quedado expuestas producto de la movilización actual –y que el movimiento mapuche viene polemizando hace décadas– son el patrón de acumulación neoliberal y la democracia pactada. Sobre el modelo económico, el mundo mapuche prefigura y plantea otro modelo de bienestar, antagónico al neoliberalismo extractivista, y para ello plantea una radicalización de la democracia por intermedio del derecho a la *autodeterminación política y territorial*. Esto, que implicaría dar un largo debate, se puede resumir como la posibilidad de gestionar y participar en la construcción del devenir de los territorios habitados, es decir, construir democracia participativa desde las territorialidades. Desde acá emerge una profundización democrática, que el movimiento mapuche viene desatando y construyendo desde hace décadas, y que hoy reclaman también los diferentes pueblos que son parte de la comunidad política que es Chile.

En fin. Cada uno de estas posibilidades y reflexiones son parte del momento constituyente de facto en el que vivimos. La sociedad mapuche viene entregando elementos desde hace décadas que pueden ser incorporados en muchas discusiones que hoy Chile se abre a generar. Considero que es un momento histórico que obliga a estar muy presentes y atentos a cada paso, a cada reflexión, a cada rigidez. Por lo que conocer el devenir cotidiano del movimiento mapuche, las trabas institucionales, las violencias ejercidas contra miembros de nuestro pueblo, los elementos posibilitantes que se elaboran diariamente y las reflexiones políticas más programáticas, es fundamental. Y dada esta urgencia, un libro como el que se presenta se vuelve vital, sobre todo para que los debates que se abran podamos darlos con la mayor amplitud, conocimiento y generosidad posible.

